
CLÁSICOS

KARL JASPERS

Por
MIQUEL SEGURÓ

«La Trascendencia es el ser, pero no el ser del Dasein o del mundo. La verdadera Trascendencia escapa a todo sistema, a toda reducción categorial. Por eso para referirse a ella solamente cabe la posibilidad de realizar una dialéctica hermenéutica a partir de sus manifestaciones, las cifras.»



Karl Jaspers (1883-1969), psiquiatra alemán y filósofo, en 1960

UN PENSADOR PARA HOY

KARL JASPERS (1883-1969) FUE UNO DE LOS PENSADORES más transversales y polifacéticos del pasado siglo. Por eso su obra es una inmejorable atalaya para otear el panorama cultural de uno de los periodos históricos más convulsos y disparatados de la historia europea. Su vida, además, se vio directamente afectada y asediada por los años más delirantes del nacionalsocialismo, lo que ancla sus reflexiones en la experiencia directa de la lucha por la libertad. Casado con una mujer judía y ferviente opositor al nacionalsocialismo y de todo sistema de encorsetar la vida en unas reglas claras y distintas, su pasión no fue sólo la de cultivar el saber humanístico en su vastedad, sino que luchó —hasta poner en riesgo su propia vida— por transformar su entorno social a través de la cultura. La psicología, la meta-

física, la política, la historia, la ciencia, la medicina o la educación fueron objeto de atención y revisión crítica al servicio de una mejor autocomprensión de lo que somos.

Karl Jaspers nació el 23 de febrero 1883 en Oldenburg, cerca de Hamburgo, en el seno de una familia liberal y acomodada de tradición conservadora y aconfesional. El clima de seguridad hogareña auguraba a Jaspers gozar de una infancia sin sobresaltos, pero pronto descubrió la vulnerabilidad física de la vida. Jaspers padecía bronquiectasia, una enfermedad crónica de los bronquios que por entonces era irreversible y con una esperanza de vida de no más de cuarenta años. Según nos explica en su *Autobiografía*, no podía hacer esfuerzos físicos excesivos ni tampoco dedicar mucho tiempo seguido a conversar o exponer sus ideas. Dar una

clase o una conferencia constituían para él un tremendo esfuerzo ya que, entre otras cosas, debía vaciar los bronquios y dejar reposar las vías respiratorias regularmente.

A instancias de su padre comenzó a estudiar Derecho, pero pronto cambió los libros de leyes por manuales de medicina. Tras pasar por las universidades de Berlín, Gotinga y Heidelberg se graduó en Medicina en 1908, ingresando ese mismo año como *Medizinalpraktikant* en la Clínica Psiquiátrica de Heidelberg. En la universidad hizo amistad con Ernst Mayer, un joven judío con quien compartiría largas horas de discusiones filosóficas y políticas. En 1907 Ernst presentó a Jaspers su hermana Gertrud. Karl y Gertrud se conocieron y, a pesar de provenir de trasfondos culturales muy diferentes, pronto vieron uno en el otro el compañero vital, existencial y filosófico anhelado. En 1910 se casaron y desde entonces Jaspers involucró a su mujer en su propio itinerario filosófico.

Parecía que no podía pedirle más a su vida. De tener unas perspectivas vitales nada halagüeñas había pasado a ocupar una notable posición académica. En 1913 se habilitó para la docencia con un texto sobre psicopatología general y en 1916 obtuvo el nombramiento como profesor asociado de psicología. Pero a Jaspers lo que le preocupaba era la «esencia» del hombre en su totalidad, algo que la psiquiatría del momento ni pretendía ni podía afrontar. Por eso su primer gran libro, *Psicología de las concepciones del mundo* (1919), es un trabajo a medio camino de lo psicológico y lo filosófico que anticipa las posiciones existencialistas de su filosofía.

Poco después comenzaría su amistad con Martin Heidegger. A ambos les unía la voluntad de renovar el petrificado y anquilosado mundo de la filosofía académica alemana, por lo que se constituyeron en lo que denominaron una «comunidad de lucha». La correspondencia conservada de esos años da testimonio del mutuo compromiso de renovación, y hasta de revolución, por regenerar la vida intelectual de Alemania. Esta actitud hizo que Jaspers cosechara fama y que muchos jóvenes estudiantes se acercaran a él con la intención de contagiarse de esa fuerza regeneradora (como por ejemplo Hannah Arendt, alumna suya de doctorado con la que desarrolló una estrecha amistad que duró toda su vida, especialmente después de 1945).

La relación de Jaspers y Heidegger fue sin embargo muy compleja. De 1920 a 1933 fueron íntimos amigos, pero a

partir de la adhesión de Heidegger al nacionalsocialismo la distancia entre ellos se haría insalvable. Para Jaspers era inconcebible cómo una de las mentes más privilegiadas del momento podía participar directamente en uno de los proyectos más infames de la historia de la humanidad. La cuestión sigue, de hecho, totalmente vigente, porque la reciente publicación de los *Cuadernos Negros* de Heidegger, una especie de diario filosófico, aporta, si cabe, más perplejidad a la cuestión.

Pero, a pesar de esta enorme decepción, cuando en diciembre de 1945 Jaspers tuvo que redactar el informe que entregó a la comisión de depuración de responsabilidades políticas que debía decidir sobre la implicación de Heidegger durante el periodo nazi, tuvo un importante gesto con él. Pidió que lo cesaran de las actividades docentes por su indu-

La relación de Jaspers y Heidegger fue muy compleja. De 1920 a 1933 fueron íntimos amigos, pero a partir de la adhesión de Heidegger al nacionalsocialismo la distancia entre ellos se haría insalvable.

dable antisemitismo, pero añadió que, atendiendo al talento y la trayectoria filosófica del encausado, se le debía asegurar una pensión que le permitiera continuar sus investigaciones.

La posición de Jaspers parece paradójica si tenemos en cuenta que su mujer era judía y que ambos estuvieron a las puertas de ser deportados a un campo de concentración. Pero tiene su lógica interna si consideramos que las inquietudes filosóficas de Jaspers y de Heidegger fueron durante unos cuantos años convergentes. Después de publicar en 1919 su libro sobre las cosmovisiones de la existencia, Jaspers comenzó a trabajar en lo que sería su obra magna, *Philosophie*, en tres volúmenes, donde despliega un programa filosófico fundamental que atañe a las posibilidades epistemológicas, éticas y metafísicas del hombre. Fueron años de mucho trabajo en los que Jaspers solamente se dedicaba a ello. Finalmente, en 1932, Springer Verlag publicaba la tan ansiada obra, lo que pronto lo llevaría a ser considerado un pensador existencialista de referencia.

Con la llegada en 1933 de los nazis al poder, la vida cambió poco para los Jaspers. Mientras que muchos colegas judíos fueron despedidos de sus cargos, a él, a pesar de estar casado con una judía, se le permitió enseñar y publicar. Diferente fue su situación cuando el poder nacionalsocialista se consolidó. En 1938 su matrimonio sí era motivo suficiente para prohibir a Jaspers enseñar y publicar. Con la *Kristallnacht* su situación se agravó y sentían, por primera vez, que existía verdadero riesgo físico para ellos, lo que reforzó en su imaginario la idea de emigrar.

En 1939 rechazaron una primera posibilidad para hacerlo y cuando en 1942 quisieron salir hacia Suiza era ya demasiado tarde. Se tuvieron que quedar en Alemania, por lo que decidieron llevar consigo unas dosis de cianuro por si la Gestapo decidía en algún momento apresarlos y «reubi-

Interesarse hoy por la obra de Karl Jaspers no es solamente un ejercicio de honestidad intelectual de quien otorga a quien lo merece un lugar en la historia de las ideas. Es, ante todo, un ejercicio de responsabilidad con nuestro tiempo.

carlos», el cínico eufemismo nazi para la deportación. Finalmente no tuvieron que usarlas: dos semanas antes de ser deportados, Heidelberg fue liberada por el ejército de los Estados Unidos.

Una vez acabada la guerra, Jaspers volvió a enseñar y publicar. Pero más que la recepción de su obra lo que le preocupaba durante los años siguientes a la guerra era la reconstrucción cultural del país. Creía que Alemania debía convertirse en referente de la nueva conciencia democrática europea y para eso debía llevar a cabo una crítica sin paliativos de la degeneración nacionalsocialista acaecida. Pero ni la población, desanimada y fatigada por un pasado insostenible y un futuro indeseable, ni las potencias victoriosas ocupantes, más preocupadas por asentar su poder que por reconstruir Europa, estaban por la labor de llevar a cabo semejante trabajo de diván. Un Jaspers ya muy cansado aceptaba en 1948 su traslado a Basilea. Lo que no

había conseguido el nacionalsocialismo lo había logrado la posguerra: Jaspers abandonaba su país.

De los años de Basilea son sus libros *Sobre el origen y el destino de la historia* (1949), *Schelling. Grandeza y fatalidad* (1955) o *La fe filosófica ante la revelación* (1962), una especie de testamento filosófico sistemático que recoge sus posiciones fundamentales en relación a la epistemología, la metafísica y la religión. Su prestigio era ya muy importante y Alemania comenzó a reconocer su trayectoria. En 1953 le fue concedido, con motivo de su setenta cumpleaños, el doctorado honorario de la Universidad de Heidelberg y en 1958 el premio de la Paz del Comercio Librero Alemán. Incluso el gobierno de la República Federal le distinguió en 1964 con la *Ordre pour le Mérite*, el mayor reconocimiento gubernamental concedido en el ámbito de las artes y las ciencias.

Pero fuera por una suerte de resignación mal digerida o por un verdadero anhelo de transformar la realidad, lo cierto es que Jaspers fue siempre muy crítico con las posiciones de la República Federal. Los caminos de Alemania y los suyos se bifurcaron para siempre con la elección en 1966 de Kurt Georg Kiesinger, ex miembro del Partido Nazi, como nuevo canciller de Alemania. Como respuesta a ese nombramiento Karl Jaspers entregó en 1967 su pasaporte alemán. Dos años más tarde, el 26 de febrero de 1969, y coincidiendo con el noventa cumpleaños de su esposa Gertrud, exhalaba por última vez el aire de la tierra que por entonces consideraba su verdadero hogar: la ciudad de Basilea.

Interesarse hoy por la obra de Karl Jaspers no es solamente un ejercicio de honestidad intelectual de quien otorga a quien lo merece un lugar en la historia de las ideas. Es, ante todo, un ejercicio de responsabilidad con nuestro tiempo. Por lo que escribió, por cómo lo hizo y por cómo lo integró en su experiencia vital, es Jaspers un pensador que no chirría ni desafina en el actual espectro de especialistas y virtuosos profesionales del pensamiento. Todo lo contrario, ofrece una visión sinfónica de conjunto que nos recuerda aquello tan radical por lo que la filosofía vino al mundo: la necesidad de preguntarse por los fundamentos de la realidad y sus múltiples caras con rigor, amplitud de miras y compromiso existencial.

Jaspers no se dedicó a la filosofía desde el principio. Su formación fue médica y psiquiátrica, llegando a publicar una importante obra dedicada específicamente a cuestiones de

psicopatología. Sin embargo, pronto vio que su interés iba más allá de una ciencia psiquiátrica, demasiado ceñida a una visión mecanicista del dolor. Su camino intelectual viró completamente en 1919 con la publicación de *Psicología de las concepciones del mundo*. Se trata ésta de una obra a medio camino entre la psicología y la filosofía en la que Jaspers estudia las diferentes concepciones del mundo posibles. Cada concepción refleja una cosmovisión del mundo (*Weltanschauung*) que incluye una explicación teórica de la realidad, una valoración de la misma y una axiología de las posibles acciones a realizar. Para Jaspers, cada una de estas concepciones constituye el envoltorio dentro del cual se desarrolla la vida individual. Lo más relevante de esta obra es que para Jaspers el estudio de la psicología no puede hacerse fuera del marco de una filosofía integral. Hay conceptos centrales de la vivencia psíquica (por ejemplo, las «situaciones límite») que comportan una dilucidación antropológica más profunda de lo que la psicología realiza. Hay vivencias que la saturan y superan, sobre todo si ésta se centra exclusivamente en tratar los síntomas de las dolencias anímicas del ser humano.

La obra con la que Jaspers pretende dar respuesta a esta exigencia es *Philosophie* (1932), en cuyos tres volúmenes trata de desarrollar, respectivamente, el problema del conocimiento, el de la libertad y el de la pregunta por la Trascendencia.

Al igual que Heidegger, para Karl Jaspers el punto de partida de la pregunta existencial es la constatación de estar en un «mundo»: *Da-sein*. El Dasein, el hombre, se descubre rápidamente relacionado con otros semejantes en el tiempo, lo que le constata que es un ser dinámico, que está en proceso. Para Jaspers, estas condiciones (temporalidad e intersubjetividad) determinan lo que será su «orientación en el mundo» (*Weltorientierung*), que una vez procesada se convierte en estudios de antropología, psicología comprensiva y ciencia humana histórica. Ninguna de estas disciplinas, sin embargo, logran una satisfactoria reducción de la propia realidad, pues en su fondo cada Dasein es libertad.

Llegamos así a un segundo estadio, que denomina «iluminación de la existencia» (*Existenzerhellung*), en el cual el Dasein busca dar justamente con el origen no objetivo desde el que se piensa y actúa. Mientras el pensamiento categorial se vuelca en la búsqueda de la esencia, el pensamiento, entendido como trascender, busca ahora ir más allá de tal objetividad para pensar aquello que no puede categori-

zarse. Y ¿qué es aquello que no puede pensarse objetivamente? El ser como tal, la libertad y su *Trascendencia*.

En este estadio cobran especial importancia dos conceptos: lo omniabarcador y las mencionadas situaciones límite. Buscamos el ser, y su búsqueda nos lleva por una serie de conocimientos que en última instancia fracasan, naufragan ante la inmensidad de la realidad. El ser se nos anuncia y nos interpela, pero cuando salimos a su encuentro, retrocede. Es lo «omniabarcador» (*Das Umgreifende*). En segundo lugar nos habla Jaspers de las «situaciones límite» a las que se expone la libertad. Las experiencias que conllevan tales situaciones (la muerte, el sufrimiento, la lucha, la culpa) sitúan la existencia ante algo que la trasciende, frente a una especie de abismo cuya única salida es la asunción del propio límite. Y, de hecho, solamente en esa asunción de la impotencia del

**Sea en relación a la ciencia,
la historia o la religión, Jaspers no dejará
de insistir en el deber existencial
de vivir la propia libertad.**

«yo» se le abre al Dasein la posibilidad de caer en la cuenta de la Trascendencia, de aquello que no puede ni ser reducido por el saber científico.

Para Jaspers, la Trascendencia es el ser, pero no el ser del Dasein o del mundo. La verdadera Trascendencia escapa a todo sistema, a toda reducción categorial. Por eso para referirse a ella solamente cabe la posibilidad de realizar una dialéctica hermenéutica a partir de sus manifestaciones, las *cifras*. Las cifras son símbolos, y es en su reconocimiento o «lectura» (*Lesen der Chiffreschrift*) que la metafísica puede entender los mitos, el arte y la poesía como revelaciones simbólicas de la Trascendencia. Dichas simbolizaciones, sin embargo, no pueden remitirse a la argumentación, puesto que permanecen en la circularidad y la paradoja y, por ende, fundadas de la apertura infinita en la que permanece toda *fé filosófica* que se orienta a la Trascendencia. Por eso no hay posibilidad de establecer ninguna jerarquía posible de esas cifras; ni tan siquiera el símbolo «Dios» expresa la Trascendencia mejor que otras cifras.

Dado que cada individuo construye, por medio de la comunicación existencial con sus semejantes, su propio universo de cifras, no hay una única cosmovisión válida para todos. Lo que fundamentalmente nos une es la búsqueda, la necesidad de construir un mundo donde desarrollar el propio sentido. De ahí que solamente por medio del diálogo genuino de unos con otros podamos para Jaspers descubrir el propio mundo. Es un ejercicio sin fin donde vivencia propia y comunicación se retroalimentan en la búsqueda de la iluminación de la propia existencia.

A partir de este esquema fundamental, Jaspers desarrollará sus aproximaciones a temas más concretos y aplicados. Sea en relación a la ciencia, la historia o la religión, Jaspers no dejará de insistir en el deber existencial de vivir la propia libertad. Y del mismo modo que no hay manera de establecer una jerarquía metafísica entre las cifras, tampoco existe para él ninguna jerarquía entre los saberes. Ni el cientifismo, ni el historicismo, ni ninguna pretendida revelación teológica agotan la vastedad del estudio sobre el hombre. Por eso tan necesario es cultivarlos como denunciar sus intentos de supremacía.

Lo mismo sucede con la política. Cualquier sistema que no incida en el desarrollo del individuo y la colectividad debe ser desechado. Por eso ni el anarquismo ni la disolución del individuo en la masa pueden ser asumidos. En este sentido, también el Estado moderno adolece de una miopía fundamental: el aparato político, concretado en el legalismo y la burocracia, hace casi imposible el desarrollo completo del hombre. Se busca la nivelación espiritual, la mecanización del trabajo y la uniformidad moral, cuando su tarea fundamental debería ser la de facilitar (a través de la educación, sobre todo) que las vidas de sus conciudadanos estén orientadas a la consecución de la propia realización.

Como se aprecia, la inquietud por el desarrollo existencial del hombre es una constante de todos los textos de Jaspers. Quizás por eso su obra haya suscitado desde el inicio un ininterrumpido y sostenido interés. Antes de la Segunda Guerra Mundial sus libros eran conocidos fundamentalmente en Alemania, sobre todo por Heidegger y Arendt, con quienes se ejercieron mutua influencia. También teólogos y pensadores católicos como Rahner o Lotz, y protestantes como Barth, Bultmann o Pannen-

berg, encontraron en Jaspers un interlocutor para sus inquietudes. Una vez terminada la guerra, su obra comenzó a ser conocida también en otros países y continentes, siendo traducida a más de veinte idiomas. Fue objeto de atención tanto en la filosofía europea de la segunda mitad del siglo xx (por ejemplo en Abbagnano, Paci o Penzo, en Italia; Wahl, Tilliette, Marcel o Ricoeur, en Francia) como, por ejemplo, en la nipona (Suzuki, Saito o Kanenka). En la actualidad existen varias sociedades dedicadas al estudio de la obra de Karl Jaspers, siendo la más activa la de Basilea, cuyo principal objetivo es la edición científica completa de sus obras.

Para nosotros, que asistimos a unas horas especialmente difíciles para las humanidades, y en particular para la filosofía, acudir a los textos de Jaspers puede ser tan esperanzador como desalentador. Constatamos que vamos en dirección contraria a lo que él y tantos otros espíritus lúcidos nos sugieren. Pero, a su vez, nos queda el consuelo de saber que mucho de lo que queda por hacer está en nuestras manos. La «revolución», si existe, empieza por uno mismo, y si cada cual hiciese su trabajo, seguro que luchar por una mejor vida colectiva sería un poco menos utópico. Se trata, nada más y nada menos, de dejar de buscar fuera lo que solamente por una (inter)personal y genuina reflexión existencial podemos conseguir. Nadie nos garantiza con eso la felicidad, porque el reconocimiento de la finitud, la apertura a lo «otro» y las inciertas idas y venidas de la existencia no son fáciles de llevar; más bien todo lo contrario. Pero con ello al menos podremos confesar, como dijo el poeta, haber vivido. ■

Miquel Seguró es doctor en Filosofía por la Universitat Ramon Llull (Barcelona) e investigador y profesor de la Cátedra Ethos de la misma universidad. Su última obra es *Sendas de finitud. Analogía y diferencia* (Herder, 2015).